

abogados; sus leyes tampoco estaban escritas; sin embargo, tenían leyes. Me remito á la erudición de Gautier para saber si las leyes estaban peor observadas en Lacedemonia que en los países donde abundan los hombre de ley.

No me detendré en todas las minucias que sirven de texto á Gautier y que expone en la *Gaceta*; pero acabaré por esta observación, que someto á vuestro examen.

Demos en todo la razón á Gautier, separando de mi discurso todo lo que él ataca, y mis pruebas no habrán perdido nada de su fuerza. Quitemos del escrito de Gautier todo lo que no toca al fondo de la cuestión, y no quedará en él nada.

Siempre es mi conclusión que no hay por qué responder á Gautier.

CARTA AL REY DE POLONIA,
DUQUE DE LORENA,

SOBRE LA REFUTACIÓN DEL «DISCOURS»

HECHA POR ESTE PRINCIPE

Debería más bien dar las gracias que una réplica al autor anónimo (21) que acaba de honrar mi discurso con una crítica; pero lo que debo al reconocimiento no me hará olvidar lo que á la verdad debo, y no olvidaré nunca, sobre todo, que cuantas veces se trata de algo que atañe á la razón, los hombres entran en el derecho de la naturaleza y recobran su primitiva igualdad.

El discurso á que tengo que dar satisfacción está lleno de cosas muy ciertas y muy bien probadas, á las que nada tengo que contestar, porque, aunque en él se me califique de doctor, me molestaría bastante ser del número de aquéllos que pretenden dar respuesta á todo.

Mi defensa no por eso será menos fácil, y se limitará á comparar con mi sentir las verdades con que se me quiere objetar, porque si pruebo que esas verdades no le atacan, creo que lo dejaré bastante bien defendido.

Puedo reducir á dos puntos principales todas las proposiciones establecidas por mi adversario:

el uno encierra el elogio de las ciencias y el otro trata de su abuso. Los examinaré separadamente.

Me parece, juzgando por el tono de la respuesta, que no sería difícil que yo hubiera hablado de las ciencias bastante peor de lo que hablé. Se supone en dicha respuesta que su elogio, tal como se encuentra á la cabeza de mi discurso, ha debido costarme mucho: esto, según el autor, es una confesión arrancada por la verdad y de la que no tardé en retractarme.

Si esa confesión es un elogio arrancado por la verdad, hay que creer que pienso de las ciencias todo el bien que he dicho; y todo el bien que el autor anónimo ha dicho no es en tal concepto contrario á mi sentir. Esta confesión, nota, vino arrancada por fuerza: tanto mejor para mi causa, porque eso demuestra que la verdad es en mí más fuerte que la inclinación. Pero ¿hay justicia en suponer que tal elogio sea forzado? ¿O se puede decir que está mal hecho? Sería intentar un proceso bien terrible á la sinceridad de los autores juzgarles por este nuevo principio. ¿Se quiere decir que es demasiado corto? Me parece que yo hubiera podido fácilmente decir menos cosas en más páginas. Asegúrase que me he retractado. Ignoro en qué parte he cometido esta falta, y todo lo que puedo responder es que el retractarme no ha estado en mi intención.

La ciencia es muy buena en sí: esto es evidente, y habría que renunciar al buen sentido para sostener lo contrario. El autor de todas las cosas es el origen de la verdad; saberlo todo es uno de sus divinos atributos; adquirir conocimientos y

acrecentarlos, es, pues, en algún modo participar de la suprema inteligencia. En este sentido alabo el saber, y en este sentido alabo á la vez á mi adversario. Se extiende también sobre los diversos géneros de utilidad que el hombre puede sacar de las artes y de las ciencias, y yo hubiera dicho con gusto otro tanto, si ese hubiera sido mi objeto. Así es que estamos perfectamente de acuerdo en este punto.

Empero ¿á qué se debe que las ciencias, cuyo origen es tan puro y cuyo fin es tan loable, engendren tantas impiedades, tantas herejías, tantos errores, tantos sistemas absurdos, tantas contradicciones, tantas ineptias, tantas sátiras amargas, tantas novelas miserables, tantos versos licenciosos, tantos libros obscenos, y, en aquellos que las cultivan, tanto orgullo, tanta avaricia, tanta malignidad, tantas cábalas, tantas envidias, tantas mentiras, tantas negruras, tantas calumnias, tan torpes y vergonzosas adulaciones? Yo decía que esto ocurre porque la ciencia, con ser tan bella y tan sublime como es, no está hecha para el hombre, que tiene el talento demasiado limitado para hacer en ella muchos progresos y demasiada pasión en el corazón para no hacer de ella un mal uso; que es bastante, para él, estudiar bien sus deberes, y que cada cual ha recibido todas las luces que necesita para este estudio. Mi adversario confiesa, por su parte, que las ciencias llegan á ser nocivas cuando de ellas se abusa, y que algunos abusan de ellas, en efecto. En esto no decimos, según creo, cosas muy diferentes, y aún añadido que es verdad que de ellas se abusa mucho y se abusa siempre,

y no me parece que mi contradictor haya sostenido lo contrario.

Puedo, pues, asegurar que nuestros principios, y por consiguiente todas las proposiciones que de ellos se han podido deducir, no tienen nada de opuesto, y esto es lo que yo tenía que probar; sin embargo, cuando llegamos á deducir, nuestras dos conclusiones son opuestas. La mía era que, puesto que las ciencias hacen más daño á las costumbres que bien á la sociedad, hubiera sido de desear que los hombres se entregasen á ellas con menos ardor, y la de mi adversario es que, aunque las ciencias hagan mucho mal, es preciso cultivarlas, á causa del bien que á la vez hacen. Yo me refiero, no al público, sino al pequeño número de verdaderos filósofos, cuando se trata de resolver cuál de estas dos conclusiones debe preferirse.

Me resta hacer ligeras observaciones sobre algunos lugares de esta respuesta que me ha parecido faltan un poco á la justicia que admiro con gusto en los demás y que han podido contribuir al error de la consecuencia que el autor saca.

La obra comienza por algunas personalidades que yo no ensalzaré sino en tanto cuadren bien al asunto. El autor me honra con demasiados elogios, y esto es seguramente abrirme una hermosa carrera. Pero hay muy poca proporción entre estas cosas: un silencio respetuoso sobre los objetos de nuestra admiración es á menudo más conveniente que alabanzas indiscretas (22).

Mi discurso, se dice, sorprende (23). Me parece que esto pide una aclaración. Ha sorprendido también el verlo premiado: no es, sin embargo, un

prodigio ver premiados escritos mediocres. En cualquier otro sentido, esta sorpresa sería tan honrosa para la Academia de Dijón como injuriosa para la integridad de los académicos en general, y es fácil comprender cuánto podría aprovechar esto á mi causa.

Se me tacha en frases, muy agradablemente correctas, de contradicción entre mi conducta y mi doctrina, reprochándoseme el haber cultivado los estudios que condeno (24). Puesto que la ciencia y la virtud son incompatibles, como se pretende que yo me esfuerzo en probarlo, se me pregunta con un tono bastante apremiante cómo me atrevo á emplear la una declarándome por la otra.

Hay mucha finura en implicarme en la cuestión: este personalismo no puede por menos de poner obstáculos á mi respuesta ó más bien á mis respuestas, porque desgraciadamente hay más de una que dar. Tratemos, al menos, de que lo justo supla en ellas á lo agradable.

Que el cultivo de las ciencias corrompe las costumbres de una nación, es lo que yo me atreví á sostener y es lo que yo me atrevo á creer que he probado. Pero ¿cómo hubiera podido decir que en cada hombre en particular la ciencia y la virtud son incompatibles, yo, que exhorté á los príncipes á llamar á los verdaderos sabios á su corte y á darles su confianza, á fin de que se vea de una vez lo que pueden la ciencia y la virtud reunidas para la felicidad del género humano? Estos verdaderos sabios son en pequeño número, lo confieso, porque para usar bien de la ciencia es preciso reunir grandes talentos y grandes virtudes. Ahora

bien: esto se puede esperar de algunas almas privilegiadas, pero no se debe esperar de todo un pueblo. No cabe, pues, deducir de mis principios que un hombre no pueda ser á un tiempo sabio y virtuoso.

Aún sería menos propio acosarme personalmente en la supuesta contradicción, suponiendo existiera realmente. Yo adoro la virtud, mi corazón me lo atestigua y me dice también la distancia que hay de este amor á la práctica que hace al hombre virtuoso. Además, estoy muy lejos de tener ciencia y más aún de afectarla. Había creído que la confesión ingenua que hice al principio de mi discurso me garantizaría de esta imputación, y temía más bien que se me acusara de juzgar cosas que no conocía. Compréndase lo difícil que me sería evitar á un tiempo estos dos reproches. Más difícil, si cabe, viéndolos reunidos.

Podría referir á este propósito lo que decían los Padres de la Iglesia de las ciencias mundanas que despreciaban y de que, sin embargo, se servían para combatir á los filósofos paganos; podría citar la comparación que de tales ciencias hacían con los vasos de los egipcios, robados por los israelitas. Pero me contentaré, por última respuesta, con proponer esta cuestión: «Si alguno viniese á mi casa para matarme, y yo tuviese la suerte de apoderarme de su arma, ¿me estaría prohibido, antes que desprenderme de ella, servirme de ella para echarle de mi casa?»

Si la contradicción que se me reprocha no existe, no hay por ello que suponer que no haya querido más que distraerme con una frívola paradoja,

y esto me parece tanto menos necesario cuanto que el tono que tomé, por malo que pueda ser, no deja de ser el que se emplea en las lizas del talento.

Es tiempo de acabar con lo que me concierne: nada se gana con hablar de uno mismo; es una indiscreción que el público perdona difícilmente, hasta cuando está uno obligado á ello. La verdad es tan independiente de los que la atacan y de los que la defienden, que los autores que por ella disputan deberían olvidarse recíprocamente, lo cual ahorraría mucho papel y tinta. Pero esta regla, tan fácil de practicar uno mismo no lo es del todo frente á un adversario.

El autor, observando que yo ataco á las ciencias y á las artes por sus efectos sobre las costumbres, me responde haciendo la numeración de las utilidades que de ellas se sacan en todos los Estados, y esto es como si, para justificar á un acusado, se contentase su defensor con probar que disfruta de buena salud, que tiene mucha habilidad, ó que es muy rico. Supuesto que se me concede que las ciencias y las artes nos hacen malos, no negaré, por lo demás, que nos sean muy cómodas, circunstancia que se halla en plena conformidad con la mayor parte de los vicios.

El autor va mucho más lejos y pretende todavía que el estudio nos es necesario para admirar las bellezas del universo y que el espectáculo de la naturaleza expuesto, si no me engaño, á los ojos de todos, para instrucción de los sencillos, exige á la vez mucha instrucción en los espectadores para ser apreciado en toda su grandiosidad. Confieso que esta proposición me sorprende: ¿será que

esté ordenado á todos los hombres ser filósofos, ó que sólo á los filósofos esté ordenado creer en Dios? La Escritura nos exhorta en mil lugares á adorar la grandeza y la bondad de Dios en las maravillas de sus obras, mas no creo nos haya prescrito en ninguna parte estudiar la física, ni que el autor de la naturaleza sea menos adorado por mí, que no sé nada, que por el que conoce el cedro, el hisopo y la trompa de la mosca y la del elefante. *Non enim nos Deus ista scire, sed tantummodo uti voluit.*

Se cree siempre haber dicho lo que hacen las ciencias cuando se ha dicho lo que debertan hacer. Ello, sin embargo, me parece bastante diferente. El estudio del universo debería elevar al hombre hasta su Creador, lo sé, pero no eleva más que la vanidad humana. El filósofo que se alaba de penetrar en los secretos de Dios, se atreve á asociar su supuesta sabiduría á la sabiduría eterna; aprueba, reprueba, corrige, prescribe leyes á la naturaleza y límites á la Divinidad; y mientras que ocupado en sus vanos sistemas se toma mil trabajos para arreglar la máquina del mundo, el labrador que ve la lluvia y el sol fertilizar á su debido tiempo su campo, admira, alaba y bendice la mano de donde recibe sus beneficios, sin meterse en la manera como lo consigue. No censura las obras de Dios, y no ataca á su dueño para hacer brillar su suficiencia. Jamás la frase impía de Alfonso X penetrará en el espíritu de un hombre vulgar: semejante blasfemia estaba reservada á un sabio. Mientras que la sabia Grecia estaba llena de ateos, Eliano observaba (25) que ningún

bárbaro había puesto en duda la existencia de la Divinidad. También podemos notar hoy que no hay en toda el Asia más que un sólo pueblo letrado, que más de la mitad de ese pueblo es ateo, y que nos las hemos con la única nación de aquel continente en donde es conocido el ateísmo.

«La curiosidad, natural en el hombre (continúa), le inspira el deseo de aprender.» Debería, pues, trabajar en contenerla, como todas sus inclinaciones naturales. «Las exigencias de su espíritu le hacen sentir su necesidad.» Los conocimientos son útiles en muchos respectos: no obstante, los salvajes son hombres, y no sienten tal necesidad. «Sus empleos se la imponen como una obligación.» Más frecuente es que le impongan la de renunciar al estudio para faltar á sus deberes (26). «Sus progresos le hacen gustar su placer.» Por esto mismo, debería desconfiarse. «Sus primeros descubrimientos aumentan la avidez que tiene de saber.» Esto sucede, en efecto, á los que tienen talento. «Cuanto más conoce el hombre, mejor comprende que tiene más conocimientos que adquirir.» Es decir, que el resultado del empleo de todo el tiempo que pierde, es excitarle á perder aún más. Pero no hay sino un pequeño número de hombres de genio en quienes la conciencia de su ignorancia se desarrolla aprendiendo, y para ellos solamente puede ser bueno el estudio. Apenas los pequeños talentos llegan á saber algo, cuando creen saberlo todo, y no hay clase de tontería que esta persuasión no les haga decir ó hacer. «Cuanto más conocimientos se adquieren, más facilidad hay de hacer bien.» Se ve que, al hablar así, el autor, más ha consul-

tado á su corazón que observado á los hombres.

Prosigue aún que es bueno conocer el mal para aprender á huir de él y que nadie puede estar seguro de su virtud sino después de haberla puesto á prueba. Estas máximas son, al menos, dudosas y susceptibles de discusión. No es cierto que para aprender á hacer el bien esté uno obligado á saber de cuántas maneras se puede hacer el mal. Nosotros tenemos un guía interior, más infalible que todos los libros, y que no nos abandona jamás en la necesidad. Esto sería bastante para conducirnos inocentemente, si quisiéramos escucharlo siempre. Y ¿quién ha dicho que esté uno obligado á probar sus fuerzas para asegurarse de su virtud, si uno de los ejercicios de la virtud es precisamente huir de las ocasiones del vicio?

El hombre sabio está continuamente en guardia y desconfía siempre de sus propias fuerzas, reservando todo su valor para la necesidad y no exponiéndose jamás á destiempo. El fanfarrón es cabalmente aquél que se vanagloria sin cesar de más de lo que puede hacer, y que, después de haber desafiado é insultado á todo el mundo, se deja pegar al primer encuentro. Yo pregunto cuál de estos dos retratos se asemeja más á un filósofo en lucha con sus pasiones.

Se me reprocha el haber tomado de los antiguos mis ejemplos de virtud. En apariencia hubiera podido encontrar aún más, si hubiera podido remontarme más arriba. He citado también un pueblo moderno, y no es culpa mía si no he encontrado más que uno. Se me reprocha asimismo, en una máxima general, paralelos odiosos, donde en-

tran, dicen, menos celo y equidad que envidia contra mis compatriotas y mal humor contra mis contemporáneos. Sin embargo, tal vez nadie ame tanto como yo á su país y á sus compatriotas. Por lo demás, no tengo más que una palabra que responder. He dicho mis razones y estas son las que es preciso pesar: en cuanto á mis intenciones, es preciso dejar su juicio á Aquel á quien únicamente pertenece darlo.

No debo pasar aquí en silencio una objección considerable que ya me ha sido hecha por un filósofo (27). «¿No es (se me dice) al clima, al temperamento, á la falta de ocasión, á la falta de objeto, á la economía del Gobierno, á las costumbres, á las ciencias, á lo que se debe atribuir esa diferencia que se observa algunas veces en las costumbres en diferentes países y en diferentes tiempos?»

Esta pregunta encierra grandes puntos de vista, y pediría explicaciones demasiado extensas para que el darlas convenga á este escrito. Por otra parte, se trataría de examinar las relaciones muy ocultas, pero muy reales, que se encuentran entre la naturaleza del Gobierno y el genio, las costumbres y los conocimientos de los ciudadanos, y esto me lanzaría en discusiones delicadas, que podrían llevarme demasiado lejos. Además, me sería muy difícil hablar de Gobierno sin hacer el juego á mi adversario, y, bien pesado todo, estas son investigaciones buenas para verificadas en Ginebra y en otras circunstancias.

Paso á una acusación más grave que la objeción precedente. La transcribiré en sus propios

términos, porque es importante ponerla fielmente á la vista del lector.

«Cuanto más examina el cristiano la autenticidad de sus títulos, más se asegura en la posesión de su creencia; cuanto más estudia la revelación, más se fortifica en la fe. En las divinas Escrituras es donde descubre su origen y su excelencia; en los doctos escritos de los Padres de la Iglesia es donde sigue de siglo en siglo su desarrollo; en los libros de moral y en los santos anales es donde se ven los ejemplos y se hace su aplicación. ¿Cabe concebir que la ignorancia arrebatase á la religión y la virtud luces tan puras, apoyos tan poderosos? ¿Sería un doctor de Ginebra quien, suplantándolas, enseñase en alta voz á qué se debe la irregularidad de las costumbres? Admiración causaría tan extraña paradoja, si no se supiera que la singularidad de un sistema, por peligroso que sea, no es otra cosa que una razón más para quien no tiene más regla que el espíritu privado.»

Me atrevo á preguntar al autor: ¿cómo ha podido, ni por un momento, dar semejante interpretación á los principios que dejé establecidos? ¿Cómo ha podido acusarme de reprobar el estudio de la religión, yo que repruebo el estudio de nuestras vanas ciencias, porque nos separa de nuestros deberes? ¿Y qué es el estudio de los deberes del cristiano sino su religión?

Yo hubiera debido reprobar expresamente todas esas pueriles sutilezas de la escolástica, con las cuales, so pretexto de explicar los principios de la religión, se aniquila el espíritu, sustituyendo el orgullo científico á la humildad cristiana. Yo hu-

biera debido sublevarme, con más fuerza aún, contra esos ministros indiscretos, que se han atrevido á poner las manos en el arca, para levantar con su débil saber un edificio sostenido por la mano de Dios. Yo hubiera debido indignarme, sobre todo, contra esos hombres frívolos, que, por sus miserables puntillos de vanidad, han envilecido la sublime sencillez del Evangelio y reducido á silogismos la doctrina de Jesucristo. Pero hoy se trata de defenderme, no de atacar.

Por la historia y por los hechos convendría terminar esta disputa. Si yo supiera exponer en pocas palabras lo que la ciencia y la religión han tenido de común desde el principio, acaso serviría ello para decidir la cuestión en este punto.

El pueblo que Dios escogió para sí, no cultivó jamás las ciencias, ni jamás se le aconsejó el estudio: no obstante, si el estudio fuese bueno para algo, habría sido aquel pueblo quien tuviera más necesidad de él. Por el contrario, sus jefes emplearon todos sus esfuerzos en tenerlo separado, tanto como era posible, de las naciones idólatras y sabias que le rodeaban: precaución poco necesaria, porque aquel pueblo, débil y grosero, era más fácil de ser seducido por las maulerías de los sacerdotes de *Baal*, que por los sofismas de los filósofos.

Después de las dispersiones frecuentes entre los griegos y los egipcios, la ciencia tuvo aún que sufrir mil trabajos para germinar en las cabezas de los hebreos. Josefo y Filon, que en cualquier otra parte no hubieran sido más que dos hombres mediocres, fueron prodigios entre ellos. Los sadú-